

LLUVIA

SILU

Tras el amplio cristal de mi ventana, cierto día, contemplaba, ensimismada, cómo caía la lluvia en el invierno que, día tras día, se mostraba generoso sustentando a la tierra -como si fuera una madre que ofrece el copioso alimento que fluye de su pecho para nutrir a su hijo ansioso de recibirlo- comenzando derramándola espléndidamente para que penetrara sin que se malgastara una sola gota, cual si fuera una orquesta atacando el fortissimo, pasando por el allegretto y, poco a poco, finalice convirtiéndose en un relajado andante.

Y, de forma súbita, sentí el fuerte deseo de salir a la calle para disfrutar de un paseo bajo ella pudiendo considerarse un “trabajo de campo”, porque iba a fabular, según su semblante, el efecto que causaría en las personas que, con toda seguridad, pasarían indiferentes a mi lado.

Al fin salgo y disfruto del agua finísima que acaricia mi rostro, al igual que lo hace con tres amigos que llevan bajo sus brazos gruesos volúmenes de textos jurídicos, filosóficos, históricos ... -que no alcanzo a vislumbrar- y como ni siquiera se percatan de la lluvia que moja sus sosegados rostros, deduzco que su atención se centra en un último intercambio de opiniones acerca de la posibilidad del tipo de prueba de capacidad a la que se van a enfrentar; aprovechan el trecho que les separa del lugar al que se dirigen, para conjeturar acerca de la misma.

Una joven pasa caminando con tanta rapidez, sin reparar en la lluvia, que de no haber sido porque la amplia acera que a esta temprana hora está casi desierta, me habría resultado imposible observarla ni siquiera con uno de los pocos segundos disponibles para realizar esta fantasía recién comenzada; concluyo que la celeridad se debe a que, necesariamente, tiene que acudir a alguna cita importante, quizás para realizar una entrevista o para no llegar tarde a su trabajo, o ¿será que aquel medio de transporte que acaba de asomar por la esquina cercana a la parada le obliga a moverse con celeridad para no esperar al siguiente, con la pérdida de tiempo que ello significará para alcanzar la consecución de su objetivo?.

Ahora la que se acerca es una señora, exquisitamente vestida, con un bonito paraguas que la protege y, como lo lleva a modo de sombrilla, me permite ver su rostro comprobando, con sorpresa, que las gotas que caen por sus mejillas no son de lluvia, sino de llanto; cuando la tengo a un metro escaso, tropieza con algún pequeño obstáculo que no alcanzo a ver, resbala, pero, afortunadamente, no se cae porque reacciono a tiempo para asirle por un brazo y cuando agradece mi gesto, manifiesta y justifica con unas breves palabras su distracción: se dirige al hospital para despedirse de una amiga de la infancia, a la que según ha diagnosticado el especialista que la

atiende, le quedan pocas horas de vida. Es, hasta el momento, la primera vez que no necesito teorizar.

A continuación, el contrapunto al episodio anterior, lo compone una pareja de lo que se da en llamar “tercera edad”. Vienen muy sonrientes, cogidos de la mano -no les importa la finísima lluvia- deben de ser, pienso, amigos o compañeros de alguna de tantas actividades que, afortunadamente, los distintos organismos ofrecen para mantener la mente y el espíritu activos, al tener acceso a un amplio abanico de propuestas culturales, de expresión artística, de salud y calidad de vida ... en definitiva, para aunar el conocimiento con la experiencia, a la par que sirven para paliar la soledad y, tras haber perdido hace tiempo a sus respectivos cónyuges, se han encontrado por azar, o tal vez ha sido la causalidad de la que, con completa seguridad nos hablan diversos volúmenes escritos de esa materia, no exenta de complejidad en la que se estudian los diferentes estadios que forman parte de nuestro universo mental -consciente o no- y aunque la decisión ha sido ardua sopesando, individualmente, los pros y los contras han decidido, que deben aprovechar la oportunidad que les brinda la vida de reencontrarse con esa amistad que, además, les promete mutua felicidad.

Sigo paseando, tranquilamente, sin prisa, disfrutando de lo que mi simulacro de interiorización en las vidas desconocidas y ajenas con las que me voy cruzando aportan al propósito inicial de imaginar el posible beneficio, o no, de la lluvia en ellas, cuando unos padres jóvenes, con la viveza que les proporciona sus alrededor de ¿treinta años? empujan con energía un cochecito en el que van dos mellizos, niño y niña, distinguidos con facilidad al vestir el tradicional ropaje: azul para el primero y rosa para la segunda, que van buscando un cruce que los aleje del paseo central para quedar a resguardo, y así poder colocarles esa especie de tienda de campaña infantil que protege de las inclemencias y de la que habitualmente me pregunto si se hallarán cómodos o no tras ese parapeto que no les permite contemplar lo que pasa a su alrededor.

Ahora vienen a mi encuentro lo que doy en llamar “un matrimonio tradicional”. Como los anteriores, tampoco llevan protección para la lluvia y, la esposa, dirigiéndose al marido, como si él fuera el culpable, se lamenta, airadamente, del desastre que va a suponer para su bonito peinado la caída del agua sobre su cabeza; él, seguramente acostumbrado y resignado a sus lamentos por cualquier motivo, puesto que su semblante es sereno, le escucha y trata de tranquilizarle quitándole importancia al inconveniente, consiguiendo el efecto contrario.

¡Vaya sorpresa!. Llegan tranquilas dos religiosas con hábito, algo inusual en esta época en la que la vestimenta iguala –evidentemente con excepciones- al clero, al personal castrense y, en definitiva a toda persona que, por su profesión, tenga algún tipo de uniforme. Al acercarse, noto por sus facciones y por su pronunciación, que son extranjeras, no dudo de que estarán entregadas con fervor a su estado, así que deben de estar filosofando acerca de sus conocimientos bíblicos y de cómo les asombran las diferencias religiosas entre las sociedades de su nación y de la nuestra. Llevan, sobre sus cabezas, bonitas tocas almidonadas y continúan hablando sin prestar atención a la lluvia que, por el momento, no las ha deformado.

Vienen por detrás de mí dos personas susurrando las notas de una conocida melodía clásica, oigo sus vertiginosos pasos y como soy consciente de que, en breve, me adelantarán, cambio mi tranquila andadura por otra más veloz; cuando esto ocurre, voy tras ellos durante unos momentos para escucharles con claridad verificando que son dos jóvenes que acarrear a sus espaldas, lo que sin ninguna duda, son sendos violonchelos pertrechados dentro de sus dobles fundas: una es la habitual para el instrumento y otra para guarecerlos de la lluvia a la que ellos no prestan atención. Probablemente, como es temprano, se encaminan hacia alguno de los auditorios de la ciudad para incorporarse a la pertinente orquesta.

El largo e interesante paseo en el que he dado rienda suelta a mi imaginación acerca de la lluvia, me conduce hacia un espacioso parque. La tierra desprende un penetrante y gratificante efluvio para los sentidos olfativos a humedad, hojas de árboles, arbustos que regalan su fragancia, plantas aromáticas que, junto con otros ingredientes y en manos expertas, podrán convertirse en perfumes que usarán mujeres y hombres, para disfrute propio así como para agradar a las personas que estén próximas a ellas.